## Octavio Paz: la otra voz

UANDO, EN OCTUBRE DEL AÑO PASADO, SE ANUNCIÓ QUE LE había sido otorgado el Nobel de Literatura a Octavio Paz, apenas empezaba a circular en librerías su último libro: La otra voz. La coincidencia me llevó a rodear a este título de cierta aura, como si de pronto adquiriera una significación simbólica, que aun le daba su verdadero matiz al dictamen de la Academia Sueca. Imaginé que en un lenguaje tácito o cifrado se nos quería decir que por primera vez el Nobel era un reconocimiento a ta otra voz de la literatura hispanoamericana (¿y aun de nuestra lengua?). El reconocimiento no sólo, por supuesto, a la obra de Octavio Paz, sino también al linaje al que ella pertenece en nuestra tradición moderna. ¿Por qué no habría de ser así?

Aclaro, sin embargo, que no hablo de escuelas, movimientos o tendencias; mucho menos de sectas. Si éstas no abundan en nuestra literatura es quizá porque gran parte de ella nos parece ya una secta, inmensa, fértil pero monótona, la de la identidad y su mitomanía. Hablo de linaje, ese aire de familia que no se hereda pero al que se llega por afinidades inevitables, pese al origen o a la diversidad de sus miembros, y que, por ello mismo, se vuelven un destino: la marca que deja el espíritu en quienes lo sirvieron —y lo defendieron—con carácter, fidelidad, lucidez.

No escogemos un linaje sino que pertenecemos a él —sólo que es el tiempo el que decide esa pertenencia. Un linaje supone un largo decantamiento antes de llegar a su transparencia. No los llamados pactos históricos o ideológicos: lo que configura a un linaje es la inteligencia de la pasión, eso que al iluminarnos nos restituye una intensidad, es decir, una imagen memoriosa e íntima del mundo. Algo que podemos hacer nuestro como si fuera sagrado pero sin "sacralizarlo" ni convertirlo en dogma o en culto. ¿No es así como, en última instancia, nos hemos sustraído a los malabarismos de feria de nuestra historia, tan semejantes a la megalomanía de nuestra cultura oficializada? Vuelto destino, un linaje no encarna sino una libertad bajo palabra y, para decirlo con otro término clave en Octavio Paz, es lo que va creando una fraternidad.

No creo, pues, que sea posible equívoco alguno. Cualquiera intuye que me he estado refiriendo al linaje que forman escritores como Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Picón – Salas o Lezama Lima, para sólo mencionar algunos nombres recientes entre los que ya se han ido, y del cual Octavio Paz es hoy su más alta expresión. En otro momento habrá que evocar la historia de este linaje, trazar mejor los rasgos que lo definen y ver el espacio que de él surge. Por ahora me limitaré a decir lo que siento: no es la única riqueza de nuestra literatura

pero gracias a él esa riqueza adquirió otro temple y, por tanto, otro estilo. La adquisición fue también como un despojo que resultó ser la catarsis necesaria: nos curó de la rareza crónica con que se ha querido revestir a nuestra literatura, al limpiar la vivencia y la percepción que tenemos de ella. Al mismo tiempo, y como consecuencia, desbloqueó el enconado monólogo con nuestra ya un poco tramposa "originalidad" y lo convirtió en un diálogo más verdadero con el mundo.

Lo que importa en todo diálogo es oír las voces que lo entonan, si, por supuesto, están bien afinadas y corresponden a una experiencia auténtica. No hay experiencias "únicas" sino compartidas: ni siquiera podrían reconocerse a sí mismas si no saben de la de los otros, y ya ese saber es una forma de compartirla. Esta como tácita convivencia es lo que dispone a un decir que es un diálogo. Lo demás es el diálogo de sordos. Gentes en cuyo habitual decir sólo se oye—¡demasiado!— su voz, deciden de pronto hablar de lo otro sin haberlo asimilado de veras con amplitud, sin haberlo escuchado bien desde donde es sólo posible escuchar bien: desde el gusto o el placer, desde la libertad que dan el trato con las obras y su estudio, desde la vocación paciente que es también la apasionada; en una palabra, desde la sabiduría del alma.

Quizá sea éste el complemento, casi inevitable, del desviado monólogo hispanoamericano con la identidad. Con igual autosuficiencia y peor novelería hemos querido ser, también. "universales". Como si la universalidad fuera otro adorno de prestigio; no una manera de ser o de vivir, sino una opción más. ¿Y cuál ha sido, en todo caso, esa opción? Repetir como loros lo que otros dicen. Diálogo no ya de sordos sino de loros, ¿quién puede siquiera oírlo? Si lo comparamos con nuestra legítima tradición —desde Sor Juana Inés a Andrés Bello—, nada realmente creador ha nacido de él. Voces impostadas: sólo nos han dejado refritos y esa pacotilla verbal que nuestras modernas sociedades coloniales adoran, y que una burocracia cultural, tan infatuada y voraz como ineficiente y arbitrista, reverencia todavía más. ¿Reverencia o compra? Pero una cosa es la cultura como exhibicionismo del Poder; otra, la cultura como sensibilidad. Es ésta la que conduce a la verdadera aventura creadora, la de los que sirven al espíritu con desinterés e imaginación y así pueden dialogar con el mundo.

¿Todas estas divagaciones —se me dirá— sólo para comentar el último libro de Octavio Paz? Pues sí. Son divagaciones, pero no rodeos: con ellas ya he entrado en materia, y de algún modo creo que tienen algunas afinidades con este libro. En un pasaje de él, al referirse al valor que cumple la tradición poética en el espíritu de las naciones, Paz dice: "En Hispanoamérica esa tradición agoniza o, en algunos países, ha desaparecido. Pero se trata de un continente enfermo; en ninguna parte del mundo la pérdida de la memoria histórica ha sido tan general, profunda y de consecuencias de tal modo devastadoras como en nuestros países".

O cuando Paz se refiere al cientismo o al sociologismo que ha privado en el pensamiento crítico, ¿no está aludiendo también, y en especial tal yez, a los dogmáticos hispanoamericanos? "En nombre de la modernidad -observa-.. han sido los voceros —a veces los terceros— de un nuevo oscurantismo intelectual", que -¿cómo no añadirlo y aun subrayarlo?- se ha amparado con frecuencia en nuestras universidades. Dueños de la historia, artifices del futuro y de la objetividad, ¿qué han dicho de los cambios que se han producido, por ejemplo, en las sociedades socialistas, esa prodigiosa mudanza histórica, como la califica Paz? Nada previeron, nada han explicado todavía, siguen repitiendo como loros. Pareciera que es la historia la que se ha equivocado y no ellos. Así, con igual y bien subvencionada soberbia. siguen aplicando sus "métodos" impecables y toda su utilería seudocientífica a la literatura y a toda creación estética. Se barnizan con un lenguaje —que convierten en lamentable y hasta penosa jerigonza- tomado del formalismo ruso, del psicoanálisis, del estructuralismo francés o de la semiótica. pero el efecto es todavía más deplorable: los delata la sombra fatal del realismo socialista: la literatura es una actividad humana y, por tanto, reflejo de la sociedad. Todo un descubrimiento: los fanatismos ano viven de la tautología? Parecería casi anacrónico tener que decirlo ahora, pero Paz se ve obligado a advertirlo: "La Odisea describe costumbres de indudable interés para el historiador pero no es un relato de historia ni un reportaje de etnografía: es un poema, una creación verbal. Aquel que no se detenga ante la belleza de ciertas estrofas es un zafio". Y remata este pasaje con una comparación ya inevitablemente picante: leer así un poema "es como estudiar botánica en un paisaje de Corot o de Monet" Los botánicos de nuestra crítica —un poco menos silvestres que antes, con el amaneramiento que hoy les da el "postmodernismo" - siguen florecientes.

Hago un parentesis, pues he dicho que el oscurantismo intelectual a que se refiere Octavio Paz se ha amparado —y con sin igual cobardía— en nuestras universidades. Lo explicaré con algunos ejemplos de las universidades venezolanas. En 1964, una banda de algo más que loros impidió que Arturo Uslar Pietri hablara en un homenaje que la Facultad de Humanidades le iba a rendir a su fundador, muerto pocos meses antes: nada menos que Mariano Picón - Salas; el acto fue vergonzosamente saboteado. En 1976, una gavilla de fanáticos quemó, en la plaza del rectorado de esa misma universidad, un ejemplar del libro de Carlos Rangel: Del buen salvaje al buen revolucionario. "Debe ser muy seria y exigente", dijo Jorge Luis Borges cuando vino a Venezuela en 1982 y supo que el consejo académico de una de las otras tantas universidades venezolanas había considerado que él no merecía el doctorado Honoris Causa que habían propuesto un grupo de profesores. En un postgrado de crítica latinoamericana, un estudiante quiso trabajar en el libro de Octavio Paz: Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe y su profesor le negó esta libertad: Paz no es un crítico sino un poeta, argumentó el zafio docto.

Pero La otra voz no tiene como centro a la literatura hispanoamericana, sino a la tradición poética universal y su situación en nuestros días. "Poesía y modernidad", se titula la primera parte; "Poesía y fin de siglo", la segunda y última. Así que no sería impreciso describir a este libro como una reflexión doble y simultánea: sobre la poesía como tal y sobre sus circunstancias. Sólo que no me parece una descripción suficiente. O lo sería si de antemano comprendemos la relación que establece y siempre ha establecido Paz entre ambos términos. Simplificando un poco, esa relación sería la siguiente: la poesía nace de una circunstancia y a la vez la trasciende, pero no porque se vuelva una suerte de "metafisica" sino porque le restituye a la circunstancia su verdadera presencia: las imágenes primordiales que hay en ella, el tiempo sin tiempo en que también discurre y es su memoria secreta. todo ese sistema de signos (ideas, pasiones, actos) que se van tramando en ella e imperceptiblemente van configurando el espíritu de los tiempos. Casi, pues, como si fuera la circunstancia la que naciera del poema.

A la circunstancia, al igual que al poema, hay que saber descifrarla desde lo que dice y más allá de ese decir. Ese más allá es siempre una presencia: no una inmovilidad abstracta ni un absoluto por alcanzar, sino un tejido vivo y cambiante de relaciones. Así, en la primera parte de su libro, Paz puede hablar del poema extenso desde el cantar épico, pasando por la Divina comedia, el poema fantástico renacentista, El paraiso perdido, los poemas románticos o simbolistas, hasta llegar a fines del siglo xix con los de Whitman y de Mallarmé: puede reiterar luego sus análisis de las relaciones conflictivas entre la poesía, la utopía revolucionaria y la modernidad. Cambios de formas, cambios de situaciones: ¿de qué, en el fondo, ha estado hablando Paz sino de los cambios como metamorfosis de lo idéntico, es decir, de la presencia? Casì al final del segundo ensavo, "Ruptura y convergencia" (1986), donde nuevamente describe el ocaso de las vanguardias, dice: "Creo que la nueva estrella -esa que aún no despunta en el horizonte pero que se anuncia ya de muchas maneras indirectasserá la del abora. Los hombres tendrán muy pronto que edificar una Moral, una Política, una Erótica y una Poética del tiempo presente". Por cierto, fue ésta la línea central de su discurso en Estocolmo, al que tituló La búsqueda del presente.

Asimismo, en la segunda parte de su libro, Paz se referirá más concretamente a la situación de la poesía en este fin de siglo. De nuevo, sus análisis de las circunstancias desbordan el mero causalismo y logran mostrarnos una trama más compleja. Aun creo que lo hace con cierta maestría. Trazar la historia de la tradición poética universal para luego centrarse en las causas de su desplazamiento o desviación, no es sólo un ejercicio de conocimiento, ni siguiera de experiencia o de pasión. Ello supone otro don, tan vital hoy en nuestra desmemoria colectiva: el arte de comparar. Paz empieza por no atenuar el carácter alarmante de su tema; ya no habla sólo de decaimiento o marginación de la poesía; emplea un término más fuerte, quizá el justo: el de erosión. Antes - ¿sólo desde el inicio de la modernidad, como él cree?-., la poesía podía ser marginal pero esa marginalidad era prueba de su presencia en la sociedad que la rechazaba. No se rechaza sino lo que tomamos en cuenta, lo que de algún modo nos toca. Así que a través del rechazo mismo, la sociedad seguía manteniendo una relación polémica con la poesía, fuese ésta

"maldita" o no. Las flores del mal, tan "decadente", fue tan perseguida como Hojas de bierbas, tan "saludable": dos sociedades tan distintas como la francesa y la norteamericana del siglo pasado fueron, pues, "sensibles", entendían el discurso crítico de la poesía. Parece que si algo les reconocía Mandelstam a sus censores soviéticos era que sabían captar las alusiones terribles de muchos de sus poemas —y no se refería, claro está, al célebre retrato por el cual Stalin lo condenó para siempre. Perseguida o excomulgada, la poesía, sin embargo, no carecía de verdadera audiencia.

Hoy las relaciones entre la poesía y la sociedad han cambiado radicalmente. Pero decirlo así no resulta muy adecuado: da la impresión de ser un cambio premeditado y abruptamente visible. En apariencia, esas relaciones gozan de buena salud. No sólo se editan más libros de poesía y a veces sus tirajes son muy altos, lo que implica que ha aumentado el número de lectores. Aun no hay Poder —oficial o privado— que no la gratifique y la promueva. Lo que ha ocurrido y está ocurriendo es casi imperceptible pero todavía más grave. Quizá por ello Paz emplea la palabra erosión: la poesía ha perdido presencia porque se le ha ido socavando el suelo mismo del que se nutría, su tradición, su carácter formativo, la fuerza gravitante de su lenguaje.

¿Ha sido culpa de la poesía misma o de la sociedad? Aunque Paz pone el acento en lo último, en verdad nos remite a un fenómeno todavía más complejo dentro de la sociedad. Citaré algunos pasajes de lo que él señala: "Fuera del recinto cerrado de las universidades, la tradición poética ha estado expuesta a una continua e insidiosa crosión que, precisamente por ser involuntaria, es dificilísimo detener". "El agente de la erosión no es una idea sino un proceso; el crecimiento de la industria editorial, combinado a los poderes de la publicidad, ha convertido en un mercado moderno al antiguo intercambio de ideas, valores, gustos y opiniones". "La industria editorial contemporánea tiende a disolver la diversidad de públicos en una mayoría impersonal".

En el último ensayo del libro, el titulado justamente "La otra voz" (1989), Paz resume todas sus observaciones en ésta que resulta ser la más dramática: "Hoy las artes y la literatura se exponen a un peligro distinto: no las amenaza una doctrina o un partido omnisciente sino un proceso econômico sin rostro, sin alma y sin dirección".

Pero ese proceso "sin rostro, sin alma y sin dirección" es la economía de mercado, fundamento del liberalismo, el sistema triunfante, la solución que hoy buscan todos los Estados, aun los totalitarios de derecha o de izquierda. ¿Cómo va a ignorarlo Paz? No sólo no lo ignora, está de acuerdo con él en lo que significa como apertura democrática. Tal acuerdo, sin embargo, no le impide reconocer en el pensamiento socialista como tal, o en sus utopías revolucionarias, una verdad humana todavía válida. Por otra parte, si la crítica liberal fue la única capaz de restituir a la tolerancia y a la libertad una auténtica aspiración del hombre, a su vez cree que el liberalismo tiene grandes limitaciones, en su teoría y en su praxis. "Deja sin respuesta a la mitad de las preguntas que los hombres nos hacemos: la fraternidad, la cuestión del origen y del fin, la del sentido y el valor de la existencia". Casi al final de este mismo ensayo, "Poesía, mito, revolución", de 1989 - y que es su discurso al recibir en Francia el "premio Alexis de Tocqueville" de manos del presidente Mitterrand—, Paz formulará en el plano político lo que ha sido esencial en su pensamiento poético y que él ha llamado el arte de la convergencia. "Debemos repensar —insiste— nuestra tradición, renovarla y buscar la reconciliación de las dos grandes tradiciones políticas de la modernidad, el liberalismo y el socialismo".

Apenas he bosquejado las grandes líneas de la concepción de Paz en su último libro. Tal vez ahora podamos entender mejor por qué lo titula *La otra voz* y volver, al mismo tiempo, a ciertos temas anteriormente planteados.

Quizá no sea ocioso el advertirlo. Si ese título designa a la poesía no es sólo por lo que la distingue de las demás voces del hombre, sino también, y sobre todo, porque su voz misma es otra: "la voz de las pasiones y de las visiones", que "es de otro mundo y de este mundo", que "es antigua y de hoy mismo, antigüedad sin fechas". Como en su obra anterior, Paz la calificará igualmente como la voz extraña, singular, transgresora, transhistórica. Es decir, subraya la otredad lo que en el fondo ya no puede aceptar el proceso económico contemporáneo, que Paz describe tan bien aunque sin llevarnos hasta las últimas consecuencias.

Me pregunto -y quizá sea ésta mi única objeción a Paz, pues no habla con claridad al respecto-si ese proceso económico no ha ido engendrando una sociedad a la medida. Una sociedad libre pero más por "derecho" que por pasión; disponible a todo pero más por busça del éxito que por auténtica aventura creadora; ecléctica pero sin saber lo que significa de veras la tolerancia, y sin ejercerla en la vida más profunda del espíritu. No sé si será una sociedad desalmada, pero si lo que hace al hombre es su vivencia radical de lo que llamamos destino, ésta parece ser una sociedad del desenfado. Y el desenfado es la reacción ante la vida de los que no tienen mucha alma. Una sociedad así ¿cómo podría relacionarse con la poesía, o el arte en general? Apenas tiene que rechazarlos, le basta con convertirlos en buenos adornos de su magnanimidad liberal. Su llamado "postmodernismo" no es más que una manera de asimilarlo todo, nivelándolo con vagas excentricidades y desacralizaciones; hasta los stalinistas se disfrazan de "desacralizadores", y, por supuesto, de "postmodernos".

Por eso Paz tiene razón al insistir en la otredad de la poesía; no se trata de un privilegio, mucho menos de una rareza más. La otredad forma parte de la condición humana. Con lo cual, Paz no pretende innovar nada; sigue las huellas de uno de sus maestros, por cierto de nuestra propia lengua. Antonio Machado habló de la esencial heterogeneidad del ser, de "la incurable otredad que padece lo uno". Paz no hace sino ampliar y enriquecer esta idea.

Al final del prólogo a La otra voz, Paz advierte que su libro es "una profesión de fe" y que sus páginas "no son sino una variación, una más, de esa Defensa de la poesía que, desde hace más de dos siglos, escriben incansablemente los poetas modernos". Sí, una variación, pero ¿en qué consiste y qué nos aporta?

Cualquier lector de la obra de Paz percibirá en este libro ecos y resonancias de El arco y la lira (1956) y de Los bijos del limo (1974). Pero no es una combinación de ellos, ni, por tanto, un libro más en la obra de Paz. ¿No se repite un poco, sin embargo? Sin duda. Para Albert Camus —refiriéndose a una tradición francesa que él iniciaba con Madame de La Fayette y llegaba hasta Proust —, el escritor clásico es aquel que

se repite y sabe repetirse porque la pasión o la idea que lo domina es inagotable: la obediencia a un destino y el don de rivalizar con él mediante la creación verbal.

No aseguro que Paz sea un clásico, aun con las evidentes afinidades que tiene con el modelo descrito por Camus. Lo que sé es que Paz se repite y sabe repetirse en este sentido superior, tanto en su poesía como en sus ensayos. Cada repetición suya es una ganancia, una nueva profundidad en lo que parecía previsible. Luego hablaré de sus últimos libros de poemas, ahora me limito a los de ensayo. El brío, la intensidad del estilo, la irradiación de las ideas en cualquier análisis que Paz haga —estético, moral, histórico o político— me parece que nos revelan algo más valioso que una pura verdad: nos hacen mirar el mundo con nueva lucidez y nos enseñan a dialogar con él en sus múltiples metamorfosis. Paz no le teme a la otredad, nos conduce a ella con reverencia y diría que ahora con un sentido más humano.

Paz recuerda que al escribir muchos de sus libros en prosa se propuso servir a la poesía, justificarla y defenderla, explicarla ante los otros y ante él mismo. "Pronto descubri -- añade- que la defensa de la poesía, menospreciada en nuestro siglo, era inseparable de la defensa de la libertad. De ahí mi interés apasionado por los asuntos políticos y sociales que han agitado a nuestro tiempo". Pero se ve que esta identificación inicial no le fue suficiente: ahora su defensa de la poesía se funda, sobre todo, en una busca de la fraternidad. En la tríada que ha formado a la democracia moderna: libertad, igualdad y fraternidad. Paz encuentra que ésta ha sido la palabra olvidada, la que justamente podía servir de puente entre las dos primeras, resolver sus contradicciones, salvar los excesos y los peligros que amenazan desde ellas: la libertad extrema o la igualdad total ¿no pueden conducir, en efecto, a la tiranía o a la opresión? En cambio, la fraternidad nunca puede ser excesiva y, por tanto, está reñida con cualquier absolutismo. Así, sigue explicando Paz, entre la libertad y la igualdad, "la fraternidad es el nexo que las comunica, la virtud que las humaniza y armoniza. Su otro nombre es solidaridad, herencia viva del cristianismo, versión moderna de la antigua caridad". Aun dirá: "Sobre esta humilde y simple evidencia podría fundarse, en los días que vienen, una nueva filosofía política. Sólo la fraternidad puede disipar la pesadilla circular del mercado".

Si pongo de relieve esta reflexión de Paz no es sólo por su alcance ideológico; es porque en ella está presente también su visión misma de la poesía. Voz otra que busca reconciliarnos con lo oscuro y extraño que hay en nosotros, realizar el pacto de los contrarios, la poesía es para Paz como la metáfora de la fraternidad. ¿No es ése, en efecto, su don transfigurador, su poder catártico? Casi al final de su libro, Paz lo explicará: "Cada poema, cualquiera que sea su tema, su forma y las ideas que lo informan, es ante todo y sobre todo un pequeño cosmos animado. El poema refleja la solidaridad de las 'diez mil cosas que componen el universo', como decían los antiguos chinos". Por ello quizá, en una de sus conferencias, García Lorca nos había advertido que "la poesía no quiere adeptos, sino amantes".

No es poca cosa, pues, la variación que nos ofrece Paz en su defensa de la poesía. Y, sin embargo, literalmente, es poca y hasta muy poca cosa. En un orden moral —para darle algún nombre—, ni siquiera nos pide renunciar a nada; apenas nos recuerda la fidelidad a uno de los sentimientos más inherentes al ser humano: la piedad. En el orden estético —¿se distingue del primero?—, nos propone saber leer un poema como una *imagen* del mundo, no como una mera elaboración verbal. Pero en el curso de nuestra historia ¿No nos hemos olvidado siempre de lo que es "poca cosa", de la sencillez, de la simplicidad? Recuerdo al joven Camus, quien, en su primer líbro, escribía: "Sí, todo es sencillo. Son los hombres los que complican las cosas". Asimismo, no puedo dejar de recordar un poema que Paz escribe en la India cuando visita con su mujer la Isla de Elefanta e invoca a Shiva y Parvati, a quienes adoraban no como a dioses sino "como a imágenes de la divinidad de los hombres", y no les piden "nada que sea del otro mundo": "sólo la luz sobre el mar, / la luz descalza sobre el mar y la tierra dormida".

Creo, 2si, que La otra voz —como en los mejores ensayos, hubiera dicho el jovencísimo Georg Lukács--- encierra una gran ironia. Su "otra voz" es, finalmente, la de nuestra comunión con el mundo. Es el libro de la poesía como memoria, reconocimiento y reconciliación. ¿Cuál podría ser la contribución de la poesía en la reconstrucción de un nuevo pensamiento político y aun de una nueva sociedad? "No ideas nuevas - responde Paz - sino algo más precioso y frágil: la memoria. Cada generación los poetas redescubren la terrible antigüedad y la no menos terrible juventud de las pasiones". Perder esa memoria ¿no equivale igualmente a empobrecer nuestra imaginación? La poesía —recuerda y alerta Paz al terminar su libro- "nació de la facultad humana por excelencia, la imaginación; puede quebrarse si la imaginación muere o se corrompe. Si el hombre olvidase la poesía, se olvidaría de sí mismo. Regresaría al caos original"

De otro libro publicado casi simultáneamente a La otra voz. quiero destacar también esta misma poética. Me refiero a Pequeña crónica de grandes días (1990). En los textos que P22. títula "Piezas de convicción" es quizá donde está más presente. Indicaré uno entre ellos, "El lugar de la prueba". Es el discurso inaugural que Paz pronuncia en Valencia para conmemorar los cincuenta años del Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, celebrado en la misma ciudad, en plena guerra civil española. Es el texto de la lucidez y de la anagnórisis: el reconocimiento de la desmesura, el de la pasión legítima convertida en intolerancia (o en vicio, como hubiera dicho Montaigne, a quien Paz, por cierto, menciona). Al situarse ante la historia como tal (pasada o presente), dice: 'Queremos comprender y para comprender se requieren intrepidez y claridad de espíritu. Además y esencialmente: piedad e ironía. Son las formas gemelas y supremas de la comprensión. La sonrisa no aprueba ni condena: simpatiza, participa; la piedad no es lástima ni conmiseración: es fraternidad".

Esa anagnórisis está muy viva en la poesía de Paz, sobre todo en los libros que publica al regreso a su patria en los setenta, después de una larga ausencia. En Vuelta (1975) hay un poema, en tal sentido, revelador. No sé si será el mejor del libro desde un punto de vista estético, verbal, imaginativo; sin duda, es una de sus piezas centrales desde el punto de vista espíritual y moral. Se titula "Nocturno de San Ildefonso". Ahora no puedo detenerme en su construcción; diré sólo que en él se combinan la evocación de la juventud y la experiencia del hombre maduro que escribe su vida ("El muchacho que camina por este poema / es el hombre que lo

escribe"). En un pasaje, ese escriba no puede dejar de aludir a sus sueños, utopías y pasiones del pasado:

El bien, quisimos el bien:

enderezar el mundo.

No nos faitó entereza:

nos faltó humildad.

Lo que quisimos no lo quisimos con inocencia. Preceptos y conceptos,

soberbia de teólogos:

golpear con la cruz,

fundar con sangre,

levantar la casa con ladrillos de crimen, decretar la comunión obligatoria".

No, no es un poema alucinante: la voz otra de la poesía habla desde una conciencia muy lúcida y en esa lucidez reside la intensidad. No el falso sentimiento de culpa, no el arrepentimiento autoindulgente; habla una herida más honda y no sólo individual sino la de toda una generación: la herida del exceso. Por lo que tiene de esclarecimiento y dilucidación de un alma, me parece que el tono de este poema será uno de los más decisivos en la experiencia poética de Paz. Ese tono puede tener que ver con lo que llamamos destino; no se trata, sin embargo, de la revelación de una imagen final, sino de la inmersión en una memoria que nos hace sentir que la vivacidad ha pasado y está pasando por nosotros, y así nos arroja una vez más a la intemperie del mundo. Destino, en Paz, es igual a búsqueda y su verdadera imagen es la del regreso: no un ir hacia un más allá sino hacia un más acá, a las imágenes primordiales, la vuelta pura en medio de las revueltas del mundo o de la historia. Después de trazar, aun con rasgos muy realistas pero también vertiginosos, la biografía de una educación sentimental y estética, Pasado en claro (escrito en 1974) termina por abismarnos: "Soy la sombra que arrojan mis palabras". Un final que es una encrucijada y, por ello mismo, un comienzo, un incesante comienzo. También creo que el destino tiene que ver, en Paz, con el sentido que le damos a la palabra gratitud.

Es lo que más me conmueve en su último libro de poemas: Árbol adentro (1987). Este libro termina con uno de los más íntimos y límpidos poemas de amor que Paz haya escrito. Tenía que ser así, y por eso lo titula "Carta de creencia": ¿no es el amor su verdadera credencial en el mundo? Y lo subtitula: "Cantata": ¿no es una sutil composición musical, una ceremonia en la que la pasión asume el ritmo mismo del tiempo? En otro poema -no menos extenso, compuesto v memorable - está su meditación ante la muerte ("Ejercicios preparatorios") y en él nos encontramos con ese motivo recurrente: "no quiero morir muerte de afuera, / quiero morir sabiendo que muero". Pedir al destino esta última lucidez, ¿no es también reivindicar la gracia del mundo y expresar una gratitud? Lo mismo sentimos cuando llora la muerte de un amigo intimo: una "monodia" o una elegía que se convierte en una celebración: más allá de las desilusiones de la historia o del desengaño ante las utopías compartidas, exaltar la alegría vital y el entusiasmo de ese gran escritor griego que fue Kostas Papaioannou. De este canto a la amistad (en el sentido casi absoluto con que la concebía Montaigne), quiero citar la última estrofa:

Kostas, entre las cenizas heladas de Europa yo no encontré el huevo de la resurrección:

encontré al pie de la cruel Quimera empapada de sangre, tu risa de reconciliación.

¿No bastan el amor, la templanza, la pasión de la amistad? ¿No bastan la gratitud y la reconciliación con el mundo? Claro que sí. Ya es suficiente para conocer a un alma, y sentir lo que hay en ella de destino no proclamado —como diría Borges— sino compartido.

Hace muchos años he escrito sobre la poesía y los ensayos de Octavio Paz. No releo lo que escribo, pero sí releo a Paz. Aunque creo que nunca supe ahondar de veras en su obra, no quitaría ni una línea de lo que escribi sobre ella, sobre todo cuando la relacioné con la vivacidad y la transparencia. En este mes en que escribo esta reseña, Paz cumple "años de su edad: las cifras prodigiosas. Ante el maestro y el amigo, sólo puedo repetir ahora un texto que tanto lo revela a él. Traducido por el propio Paz, es un baikú de Basho, cuya obra él nos enseño a leer y amar:

Admirable aquel que ante el relámpago no dice: la vida huye.

Los Caobos, 19 de abril de 1991



Fernand Khnopff: El arte (las caricias, la Esfinge). Óleo, 1896.